

SU ÚLTIMA VOLUNTAD

EN la soledad de una celda un hombre joven escribe su testamento. Cada palabra, cada idea volcada sobre el papel, es un diente de la vida que se acaba, un fluir del tiempo tan precioso medido en intensidad de muerte.

Nada y todo le es ajeno ya. Piensa, ordena sus ideas, establece una jerarquía de valores; mide la palabra justa, la expresión escueta. Parece un avaro del tiempo a quien la cercanía de la muerte ha prestado el soplo divino de los elegidos. La circunstancia de ese hombre joven, terrible circunstancia para la carne y para el espíritu, es lo que nos hace incomprensible su testamento. Es diáfano, posee la eternidad de los clásicos, pero se hace inaprehensible por la misma eternidad clásica, por el sereno enjuiciamiento de la misma circunstancia, por la falta de tragedia adivinada, pero no expresada.

Para los que no fuimos amigos del hombre, para los que ni siquiera le conocimos, para los que nacimos casi con su muerte, como esta España renacida de su sangre y la de sus camaradas, aquella circunstancia es ya leyenda. Sólo nos queda de su testamento el amor a la justicia, aún injusta; la ardorosa ingenuidad al servicio de España y el deseo de que el pueblo español encuentre, de una vez y para siempre, la Patria, el pan y la justicia.

Es terrible desconocer al hombre, como hombre; con sus defectos y sus pasiones; con su voz y sus gestos; con sus momentos de cólera y su calma placentera. Sólo nos queda — a nosotros, los jóvenes — el retrato desvaído, sin contrastes, desdibujadas sus líneas fundamentales y reforzadas todas aquellas que ayudan al mito.

El hombre, otra vez el hombre, siempre el hombre, no ha envejecido como sus camaradas. Nos lo han legado joven, como esos párrafos de su testamento, en los que sin estridencias, sin la frase del héroe que adorna los calendarios, fustiga sin rencor el egoísmo derechista de una sociedad española que cierra los

mantino de su existencia y de su doctrina, y, para ellos, exige y obtiene la atención respetuosa de sus enemigos. Y el agua viva de su palabra ilumina muchísimas caras, al principio hostiles, con el suave resplandor de la simpatía, tras el asombro. Su vena política, misionera, no podía desaprovechar la ocasión que le brindaba el banquillo de los acusados convertido en Tribunal.

Hemos desconocido, ojalá sea por poco tiempo ya, la versión taquigráfica del juicio que le llevó ante el piquete. Es verdad que tampoco sabemos si existe, pero adivinamos que aquellos alegatos ante sus jueces, aquellos recursos de su tan querido oficio de abogado, aquella fuerza tremenda de sus discursos ante el Parlamento o en los mitines de los pueblos, esta rotundidad de su testamento, empalidecerían ante el empuje del hombre, siempre el hombre, que lucha por la supervivencia de su doctrina, de su familia, y de la suya propia.

El hombre, siempre el hombre, sabe que la muerte está llamando a la puerta de su celda. Quedan aún líneas en el aire, cartas que esperan, recuerdos que se agolpan en su mente, ansia de vivir y angustia de lo desconocido. La pluma se acerca al apartado de las cláusulas, esas que comenzarán con un terrible mentís a sus enemigos, a los que han asegurado que la Falange no es católica, a los que hacen de la religión un patrimonio exclusivo y se creen depositarios de las tablas de la ley.

Antes ha hecho examen de conciencia. Se acusa de haber sido egoísta y vano. Perdona y pide perdón a los que ha agraviado o le hayan ofendido. Y tiene un gesto para el Ejército, que siempre respetó y amó, al reconocer las virtudes de unas fuerzas que han prestado a España heroicos servicios, aunque esta confesión no le favorezca.

Pero el hombre, siempre el hombre, se nos ha revelado. Se acusa de pecados, de defectos más o menos graves, que Dios le habrá perdonado al confesarlos: egoísmos, vanidades, ofensas. Falta entre todos ellos, es natural que falte, el pecado de injusticia, ese que era patrimonio de sus enemigos y que lanzaba a los españoles a los campos de batalla.

Esa cualidad de José Antonio, su amor a la justicia, transformada en social al enfrentarse con la realidad de nuestro pueblo, es la línea más personal que graba en su testamento, y la última voluntad del Fundador, que nadie podrá ocultar ni adulterar cuando se discuta este período de la política española. El hombre, siempre el hombre, tiene un eje diamantino que no puede romper ni la llamada de la muerte.

oídos ante la verdad de la Falange, que deja matar al hombre para saciar a la fiera, que no se mete en berenjenales porque ante todo es el orden, aunque sea injusto, y, lo que es peor, aunque se eternice esta injusticia.

Este amor similar, aunque no igual, es el que nos da una pista para descubrir a José Antonio. Este ama la Justicia, con mayúscula; el Derecho, con mayúscula, y se somete a la justicia, con minúscula, y al derecho, con minúscula, mientras llega el momento de construir un nuevo orden revolucionario que rompa los moldes viejos de la saña de un lado y la antipatía del otro.

El hombre se duele de la incomprensión, pero no de la sentencia. No tiene un gesto desabrido para el juez ni para el Jurado. Solamente pide comprensión para su doctrina, para lo que él y los fundadores han querido que sea la Falange. ¡Qué importa que el hombre muera si triunfa la palabra; si ya se adivina el paso recio de las nuevas generaciones portadoras del relevo! Sólo importa que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre y que la ardorosa ingenuidad de los camaradas no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Pero el hombre, siempre el hombre, también participa de la ingenuidad de sus camaradas y como un suspiro que sale de los más recóndito de su alma espera, tiene esperanza en esa sociedad egoísta. «Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persista en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos.»

A los hombres de mi generación nos asombra que los párrafos del testamento no hayan podido ser empañados por el tópic. Pero ¿quién tiene suficiente poder de síntesis para retener en unas líneas, para convertir en puñado de calderilla lo que es indivisible, legado común y no patrimonio de los iniciados?

El hombre, siempre el hombre, ama a sus camaradas. Ha hecho de la amistad, aún mejor, de la camaradería, el eje dia-

Juan BLANCO

es una bandera, y para que todos perciban el dolor de que se haga ante todo siempre por un lado, como el viento de la izquierda, y la antipatía del otro. Fue esa rancia vestida que perdí en la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron al sacrificio acogieron como el último de ellos.

Ayer, por último, me dirigí a la Falange. En un momento, repeté y dije lo que yo tenía de nuestra doctrina familiar. Una vez más, como en muchas otras, al principio, se iluminaban por un momento, y luego con la impatencia. La vez que me pareció con esta forma: «¿habéis venido, sabido que me estáis a la izquierda? y ¿cómo estáis? no habéis venido a estar allí, no ya ante un líder popular ni otro cualquiera por los campos de España. No era ya sin embargo, la hora de estar allí, y yo me limito a reiterar la lealtad y la valentía de mis enterales camaradas, pasando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos».

A esto atendi, y me a presentarme con yo. Habría de ser la primera representación de la vez. No me hice responsable de todo ni me ajusté a ninguna otra variante del patético. No defendí en los mejores momentos de mi oficio de abogado, y con profunda gravedad, y cultitud en tanta ansiedad. ¿Qué me faltó con el adverbio posterior que me afecó no haber podido la perfección. Allí cada cual. Pero mi punto de no ser prima ante un momento crucial?

habría sido monstruoso y falso ante un de-
lencos una vida que sea padiera un util, y que me
entonces dir para que lo que me a la
condición como en castillo de fuego artificial. Me
ma, que un hubiera descendido, a ninguna audió re-
prochable en a uada comprometi con mi defensa, y
si, en cambio, cooperaba a la de mis camaradas.
got y Miguel, procurados como y amonados de pe-
rao gran mas. Pero como el bello de defensa me acor-
ujo no solo a estar relacion sino a estar acusaciones
fundadas en sospechas de haberse aislado adrede en
medio de una región que a tal fin se mantuvo muerta.
declara que esta sospecha es est; ni mucho menos,
compelada por mí, y que si puede necesariamente ali-
mentarla en mi espíritu la averda, la explicación
exagerada por la solidez ahora, ante la muerte no
puedo ni de la sus suscitadas.

Otro entonces me queda por reiterar. El as-
laura ante absoluto de toda comunicación en que vive
hecho poco después de iniciarse los sucesos, no fue
esto por un período notablemente como que, con permiso
de las autoridades de aquí, me podría hacer declara-
ciones a personas de octubre. Hasta, por haber enca-
o sea de los conoci el humano instruido contra mí
lo he tenido noticia de las declaraciones que se me
achacaban, porque en los periódicos que los traxeron
en ninguna otra me eran accesibles. Al haber las
en declara que entre los distintos párrafos que se
fue como mis, desigualmente fijos en la intepre-
tando de no pensamiento, hay uno que rechina del
todo el que afe a mis camaradas de la Falange
el cooperar en el movimiento insurreccional con
«marcan esos hechos de fuerza». Jamás he dicho no
de semejante, y ayer lo declaré rotundamente así.

Llegando a la Falange...

última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que era la Falange...»

ual.
1) Que prohibí a los miembros un acto
que de nuestra casa, a los que quedaban en
cultura, pero podría ser por los camaradas
que me hablan

Quinto. No iba a abocar, a tardar y
partidista de mi herencia, volvemente por
terminar de tres años, con la misma actividad
no hablé a mis amigos allí, campo de la
de la vida Ramón de los años Cuarta y de-
sido, Ramón Leona de los, a quienes re-
to especialmente:

a) Que renuncie mis papeles privados y de-
tengan todos de la carácter personalísimo, los
que entienda trabajo una revista literaria,
los que son simples libros y proyectos en
fondo a rasado de elaboración, así como una
de los libros prohibidos por la Iglesia o de pe-
nosa castigo que pudieran hallarse entre
los míos.

b) Que recolecte todos mis discursos, an-
tículos circulares, prologos de libros, etc., en
una publicación - salvo por la jugosa indivi-
pensable - sino para que sirvan de prueba de
justificación cuando se discuta este punto de la
la política española en que me camarada
y yo he intervenido.

c) Que provean a mi familia un punto
nente en la dirección de los asuntos profun-
nada por me a tal recomendación, con ayuda
de facción, Larrín y Matilla, y a otros al
suas misanta que es una balsa.

1) Que con la mayor prisa y eficacia po-
sible haga llegar a los personas y entidades que
pidan a que me refiera en la introducción de la
te tratamiento los solemnas rectificaciones que
contiene.

Por todo lo cual los doy de ahora los más
cordiales gracias. Y en estos términos doy or-
denado mi tratamiento en Alicante al estado
de diez y ocho de noviembre de mil novecien-
tos treinta y seis, a los cinco de la tarde, en otras
tres hojas además de esta, todas foliadas, fecha-
das y firmadas al margen tachado: «firmas
ellos» (1) - «otro» (2) - «vale» - «lugar línea» - «con-
ceda» - «vale» - «luminado» ahora - «vale»:

José Ramón de los

Quinto. No iba a abocar...

